

El universo filosófico-espiritual en el que se mueve a sabor García-Baró es el mismo que el de Unamuno. Sus héroes culturales son de idéntica estirpe: los Agustín, Pascal, Kierkegaard de antaño; los Lévinas, Rosenzweig, Simone Weil, de ahora. Desde ese escorzo intelectual era inevitable que la obra de Ortega le resultara, al mismo tiempo que inevitable por sus calidades filosóficas, plasmadas en magníficas intuiciones y barruntos, no sólo equivocada e insuficiente, sino, en ocasiones, irritante. En efecto, estamos ante un libro escrito *cum studio* pero también *cum ira*, esto es, con pasión. Y es que da la impresión de que en algunas páginas el autor se juega la vida. Restado el punto de exageración, resulta ser verdad ya que se advierte que al autor le va la vida, al menos la intelectual y moral, en muchos de los temas que aborda. Él mismo lo reconoce en la “Entrada” del libro. Y vaya dicho esto como el máximo elogio que se puede dirigir a un profesor de filosofía en los tiempos que corren. Estamos ante un ejercicio de “salvaciones” —título que el autor emplea, como hemos visto, para la segunda parte— salvaciones en el sentido que del término se hace en las *Meditaciones del Quijote*. Tengo la impresión de que la *negación* de Ortega es la verdadera *salvación* de su autor. Pero eso de “negar” una filosofía es, desde Platón y Aristóteles, la marca de que estamos en presencia de un intento veraz de seguir pensando. “Sin el factor de indignación —declara programáticamente Baró— la ‘reabsorción de la circunstancias’ no se cumple con el suficiente amor”.

En resumen, estamos ante un importante libro de filosofía sobre filosofía española: filosofía en sentido estricto, no historia, no crónica de sucesos, no justificación, crítica o análisis del pasado, no

valoraciones o tomas de posición ante la recepción de un legado, sino ante el esfuerzo intenso y valiente de seguir pensando los problemas de la vida porque son, para *nosotros*, los problemas de la filosofía misma.

José Lasaga

GARCÍA, CARLOS; SANZ ÁLVAREZ, M^a. PAZ (EDS.), *Gacetas y meridianos. Correspondencia. Ernesto Giménez Caballero / Guillermo de Torre*, Madrid, Iberoamericana, 2012, 421 pp.

Con una atractiva presentación que nos evoca las “románticas” correspondencias de antaño —lamentablemente sustituidas por el *E-mail*— nos llega el epistolario entre el polémico Ernesto Giménez Caballero (1899-1988) y el vanguardista Guillermo de Torre (1900-1971). Carlos García y María Paz Sanz Álvarez, editores de esta compilación y hacedores de un cuidadoso trabajo, distanciándose ideológicamente de Giménez Caballero como estos bien señalan en el estudio preliminar, nos presentan la relación de los padres fundadores de *La Gaceta Literaria* (1927-1931) dentro del periodo que va desde 1925 hasta 1968. El epistolario consta de 91 cartas pertenecientes a cuatro archivos distintos y forman parte del rompecabezas de toda una época. Por esta razón, los editores deciden respetar los textos presentándolos en orden cronológico, sin modificar los laísmos propios de uno de los remitentes y proporcionándonos las firmas de cada carta en caso de querer consultar la original. Como señala Sanz Álvarez, las epístolas aquí contenidas arrojan luz sobre un periodo trascendental de la historia intelectual española y nos propor-

cionan interesantes datos íntimos que llaman a una posible revisión de la biografía de ambos personajes, sobretodo la del controvertido *Gecé*.

Testigo de una época, este epistolario también es diario de la génesis de una revista de vanguardia, la conocida *Gaceta Literaria*, uno de los principales órganos de expresión de la llamada Generación del 27. A pesar de que, por múltiples razones, el corpus de misivas se encuentra incompleto y que no han llegado a nuestras manos gran parte de las escritas por Torre, los editores, a través de otros materiales: notas, artículos y cartas de otros personajes, reconstruyen la relación entre Giménez Caballero y Torre. Esta relación se remonta a 1925 cuando Giménez Caballero realiza un artículo en torno a las *Literaturas de vanguardia* del propio de Torre y tiene su *momentum* en los años 1926 y 1927 periodo más activo en el epistolario pues coincide con la gestación de la nombrada revista.

La *Gaceta Literaria*, nacida el 1º de enero de 1927, se perfilaba como un proyecto de contenido variado que aglutinaría las manifestaciones artístico-literarias de los pueblos de la Península Ibérica y Latinoamérica teniendo como eje principal Madrid. A través de las misivas nos encontramos con un eufórico Giménez Caballero realizando planes para su revista, viajando y estableciendo contactos. Nos enteramos de los modelos de la *Gaceta* (*Les Nouvelles littéraires* de Maurice Martin du Gard), los posibles nombres para la nueva revista, los pretendidos enfoques, los acercamientos con los intelectuales catalanes, los padrinos de la revista, el interés suscitado por esta a nivel internacional. En estas páginas se nos hacen evidentes los esfuerzos de Giménez Caballero y de Torre para sacar la revista delante, la admiración de *Gecé* a

su amigo y mentor. También somos testigos de la partida hacia Buenos Aires de Guillermo de Torre tras su matrimonio con la hermana de Borges; en fin, nos adentramos a la vida íntima y familiar de ambos.

Las cartas nos introducen en la efervescencia cultural e intelectual del momento; en el mundo de las revistas y editoriales, en las riñas y celos entre intelectuales, la camaradería, el ego y el inevitable ambiente político de aquel entonces. Leyendo las cartas, nos encontraremos con nombres no ajenos a nosotros: Pedro Salinas, Juan Ramón Jiménez, Jorge Luis Borges, Manuel Primo de Rivera, Antonio Machado, José Ortega y Gasset, Francisco Ayala, Federico García Lorca, Emilio Prados, Gregorio Marañón, Pedro Sainz Rodríguez, Ramón de la Serna, Ramiro de Maeztu, protagonistas de aquel tiempo: tres generaciones que convergen en un mismo tiempo y una misma revista. Y esto constituye parte del interés que tiene el epistolario que por este medio presentamos.

El 20 de mayo de 1931, a pocos meses del advenimiento de la II República, Giménez Caballero declara: “La República en sí, me alegra mucho. Pero es gente floja, desorientada. En general, muy putrefacta y romántica”. Pasarán algunos meses y no será hasta 1932 cuando los viejos amigos se reencontrarán después de varios años. Sin embargo, estas fechas coinciden con la disminución de misivas entre ambos. Los editores cavilan en torno a este particular. No obstante, no olvidemos la cercanía histórica con los tumultuosos años del final de la República y la Guerra Civil. Al parecer ambos amigos comulgaban con ideologías distintas y como muchos amigos y familiares de ese tiempo, hubieron de distanciarse. El madrileño Ernesto Giménez Caballero

fue uno de los primeros intelectuales españoles en abrazar el fascismo mientras que Guillermo de Torre desde la Argentina se dedicó a recuperar y conciliar escritores de ambos bandos. Más adelante, las misivas entre ambos continuarán desde el Cono Sur. Giménez Caballero, ya como embajador en Paraguay, continúa prodigándole admiración y amistad a su mentor y viejo amigo radicado en tierras bonaerenses.

Dentro de los materiales que se adjuntan a este interesante epistolario encontramos unas semblanzas de Emilio Prados y un desconcertante retrato de García Lorca y su muerte realizado por *Gecé*. Interesante, fácil de leer, bien documentada y seria, Carlos García y María Paz Sanz Álvarez nos dejan una publicación que arroja luces del mundo intelectual y cultural de aquella España en efervescencia, de aquella España alborotada en todos los sentidos. Sólo lamentamos no contar con más cartas de Guillermo de Torre a su amigo de acá que tanto le estimaba.

Iliaris A. Avilés Ortiz

GARCÍA CASTRO, JOSÉ MARÍA, *La filosofía poética de Antonio Machado*, Madrid, Biblioteca de Ensayo / Serie mayor, Serie Mayor. 78., Universidad Autónoma de Madrid, 2013, 160 pp.

Es una grata experiencia encontrarse ante un trabajo tan accesible, inteligible y con estilo propio como el primer ensayo que ahora les presento. Se percibe que, desde la primera línea —cimiento del estilo, al decir de J. L. Borges—, el autor se ha tomado su tiempo para asimilar y decantar toda la ingente información que hay escrita sobre el tema que aborda: la

filosofía poética en la vida y la obra, que es como señalar al propio “pensamiento” de Antonio Machado.

Una vez ensayados y ajustados los abundantes escritos que se ahornaron en la década pasada a estilo de *largos períodos*, a la *hipotaxis* y al magisterio de los grandes —desde Proust, hasta Sánchez Ferlosio—, es hoy en día de agradecer un acto de británica divulgación que no vulgaridad —algo que, junto al boxeo, el liberalismo, el mercantilismo y la poesía, les reconocía irónicamente el propio Machado (CV: 1537) aunque no profesase gran simpatía por algunas de las modas filosóficas que alumbraron, como el pragmatismo—.

Al saber del autor, Machado gustó del escepticismo y el emotivismo moral de Hume, tomó buena nota del vacío *baúl de la conciencia y del proceso del entendimiento* de John Locke, pero eligió el camino de su propia convicción y experiencia al dirigirse hacia las lecciones de Henry Bergson y de cierta fenomenología que ya se apuntaba allí y que caminaría hacia las abruptas y escarpadas cimas del pensamiento alemán del pasado siglo, desde Husserl hasta Jaspers y Heidegger.

Sin embargo, a los alemanes, les debía también una de arena y otra de cal. Leyó con fruición a “los grandes poetas del pensamiento” entre los que no dudaba en reconocer a Leibniz y Kant; frecuentaría a los jóvenes fenomenólogos “que trabajan en los cimientos de esa nueva metafísica”, pero enuncia y compone desde una metafísica propia que, desde la meditación de su poética, confronta a la “Academia”, ya que consideraba, con modesto acierto, que “todo poeta debe crearse una metafísica que no necesita exponer, pero que ha de hallarse implícita en su obra” (LC: 1259).